

el mitin del Teatro de Pizarro, de este 1.º de Mayo:

«Para censurar á Canalejas esperad á ver sus obras, á nadie puede llamársele ladrón mientras no robe. Pues bien, hasta que Canalejas no haya hecho algo que os engañe, no le juzguéis.»

Pues ya tiene el paladín de los monarcas y de los jefes de gabinete, la respuesta de los actos del gobierno de Canalejas. Atentar contra la libertad de enseñanza. Ir contra la independencia de la cátedra.

Ya pueden los obreros juzgar de lo que puedan hacer los gobernantes.

Nosotros damos el grito de alerta. Unión, librepensadores, y á la defensa.

Canalejas ha hecho lo que Pidal no se atrevió á hacer con Moraita y Maura con Odón de Buen.

EL FRUTO VEDADO

Queremos hacer fijar la atención en un hecho que alguien considerará como un simple detalle, y es para nosotros el signo revelador de todo un proceso. Lo vemos á diario y en multitud de casos, tanto en la escuela como en el hogar, ya en la enseñanza del maestro, ya en la tutela de los padres.

Es lo siguiente:

Todo mayor que educa, instruye ó enseña algo á los menores, se considera en el deber de guardar con el educando una gran cautela. Y este cuidado lo impone cierto código de nuestras costumbres, que se llama moral, la cual prohíbe que se dé explicación de muchas cosas. Así que la condición primera que rige al preceptor es ocultar al alumno lo que esa moral prohíbe.

Si la naturaleza nos presenta algo, ó si la ciencia confirma la existencia de una verdad, lo primero es atender á las indicaciones de esa moral; si ella aprueba, el hecho puede mostrarse; si se opone, entonces la verdad tiene que huir como huye el malvado. Esto es lo decoroso, lo propio, lo honesto. Seguir otro procedimiento es atentar á la salvación del alumno, y antes es conservar la candidez, á ilustrar el espíritu. Por lo visto, es preferible una inocencia, que reviste todos los caracteres de una ignorancia supina, al conocimiento, que es el fundamento de toda redención.

No merece duda, que para mantener ese decoro hay que envolverse en contradicciones estupendas. Pero esto es muy secundario. Lo importante es seguir el orden establecido, respetar máximas santas, seguir preceptos de leyes sapientísimas. Si la verdad de la ciencia clama y la conveniencia de la moral exige, debe antes atenderse á ésta. Y bajo tal sistema tendremos que lo accesorio es preferible á lo necesario, que el accidente es anterior y superior á la substancia, que la conveniencia es más sublime que la verdad positiva. Es más, que la redención humana se puede conquistar con la apariencia y no con la realidad.

Bien concebimos que semejantes anomalías tienen por causa madre el medio ambiente. Este ambiente, forjado con la sangre de muchas generaciones, suma hoy un cúmulo de fuerzas que le dan la personalidad de un amo absoluto, de un amo que domina con brazo de hierro. Por virtud de su personalidad, quiere sacrificios de conciencias, pide grandes homenajes, tributos costosos. De aquí que muchos que viven en el medio social, impedidos por la fuerza de las circunstancias, obran y ejecutan con un determinismo fatal, con ese determinismo que reina entre el eco y el grito, el dolor y el golpe, empleando una imagen ya usada por Núñez de Arce.

Añadiremos que ese ambiente tiene ya escogidos sus modelos, tiene á su disposición moldes fijos, reglas que considera invulnerables. Tales moldes son acatados por todo el mundo, y en ese «todo el mundo» va incluido el ateo como el creyente. Son fórmulas encajadas que las respeta y hasta venera el conservador como el progresivo, el reaccionario como el radical. Es verdad que en la generalidad de los casos el acatamiento nada tiene de sincero; pero es lo cierto que todos siguen la norma.

Nosotros observamos en esa conducta una sumisión que tiene mucho de despreciable. Cada vez que encontramos un preceptor que mira con espantable reserva algunos hechos que muestra la naturaleza, vemos un sacrilegio que invoca una pureza que él es el primero en manchar. Y resulta para nosotros doblemente triste, que esos preceptores sean laicos,

y sigan esta moral que estamos repudiando, moral acomodaticia que sólo se fija en las apariencias, en la costra, en la capa externa, y desprecia el fondo, la raíz, la esencia de las cosas.

Si el educador tiene sentimientos religiosos, se olvida de aquella frase de San Clemente de Alejandria, cuando manifiesta que no debe ocultarse lo que Dios no ha tenido vergüenza en crear. Y si es un amante de la verdad, se presenta como un verdadero perturbador al negar lo que la evidencia le muestra, al considerar como feo y repulsivo lo que es sanción perenne de una ley natural.

Sería cosa de reír, si no envolviera tanta seriedad, el contemplar á los moralizadores de referencia llenos de ardor, ocultando lo que la vida se encarga de descubrir. Sería escena de risa, si no encerrara una realidad trágica, verlos como se escandalizan ante la presencia de ciertos órganos que sin ellos sería imposible la existencia de las especies. Y la ridiculez alcanzaría toda su plenitud al verlos en su loco afán cómo pretenden arrancar de las profundidades del ser lo que con él nace, con él vive y con él muere.

MANUEL VILLA.

Buñol Mayo-1911.

PENSAMIENTOS

«La mujer para la Iglesia Católica es la despensa, de donde provee sus necesidades todas.»

«El niño educado en una escuela católica, es como el árbol criado en un erial, para que dé lozanos frutos precisa trasplantarlo á terreno fecundo, donde pueda nutrirse, y aun así, las más de las veces, secas las fuentes del corazón, muere por falta de savia.»

«España es un pueblo neurasténico; para curarlo, precisa el tratamiento adecuado: mucho bromuro de voluntad.»

JULIANO.

CINISMO NEO

Un diario de Valencia dedica un artículo de entrada al 1.º de Mayo, en su edición de esa fecha. Con la seguridad de que ni un obrero ha de leer el insano papel, el autor del artículo aludido se ocupa del 1.º de Mayo arrastrado por la actualidad y para dar gusto á la tartufería moral de sus lectores, para quienes la existencia sería aburrida y fastidiosa si no pudieran embrollar y mentir.

Los enemigos de todo progreso moral y político, los que de hecho no reconocieron jamás al obrero más derecho que trabajar y sufrir, declaran con un cinismo incomparable que la fiesta del trabajo es festividad hermosa y emocionante, para añadir después que el socialismo es una mixtificación absurda del ideal del trabajador.

¿Qué sabrán ni entenderán esos majaderos de socialismo ni d ideales del trabajador?

Para ellos no hay más verdad que la revelada, ni otra lógica que la que se deriva de sus conveniencias colectivas y particulares. Y como la verdad revelada condena al obrero á la tiranía de reyes y amos, y su lógica egoísta es cadena de oprobio que supedita á los proletarios á la ignorancia y á la explotación, no es extraño que esos sociólogos de pega, sin más preparación que su cinismo, hablen de lo que no entienden y malviertan lo poco que haya llegado hasta ellos sobre ideales de emancipación política y económica.

Pero no nos molesta su osadía.

Los obreros no creen ya en la revelación, y mal pueden acatar las verdades que se derivan de un farrago incongruente y apócrifo, admirable sólo por lo grosero é ingenuo. En cuanto á la lógica de los neos, sabe todo obrero, apenas iniciado en los rudimentos del socialismo, que sólo se funda en odiosos privilegios, en bárbaras hegemonías que fueron posibles en bajos estalos de cultura y que perderán merced al esfuerzo interesado de los duros como el apologista que la fiesta del trabajo tiene en el diario aludido.

Para los cristianos, el trabajo no es otra cosa que el deber impuesto por la palabra de Dios; así lo declara el sociólogo católico; y de cómo acatan ellos los preceptos divinos, nos lo dice el amor ardiente que por el trabajo siente la gente que viste sotana, hábito y levita.

Hampa de la holganza, farsantes y cínicos, ¿habéis pensado siquiera en la des-

vergüenza que supone decir que el trabajo es una imposición de Dios y huir de todo lo que sea esfuerzo muscular, en sentido de trabajo útil, para imponerlo como baldón á una clase social que llamáis pobre despectivamente?

Si el Verbo hecho Hombre no quiso nacer en cuna imperial cuando vino á redimir al mundo, á redimirnos á vosotros, mejor dicho, y optó por nacer hijo de carpintero, ¿por qué vosotros, astutos farsantes, ya que no sois libres de nacer hijos de obrero, hacéis renuncia de vuestras riquezas y jerarquías para trabajar toda vuestra vida, sin reposo ni compensación humana, para cumplir el precepto divino é imitar á vuestro Verbo, que decís trabajó hasta los treinta años?

¿No os parece que vuestras mentiras é infundios duran ya demasiados siglos y que llegado el momento de la duda debierais predicar con el ejemplo si tan convencidos estáis de vuestra embrollada apología?

Que Jesús dijo: «Venir á mi los que trabajáis y andáis cargados, pues yo os aliviaré» ¡Yah, estamos en el secreto. A Jesús se le atribuyen infinidad de vaciedades y no pocos preceptos morales que hemos hallado en nuestras prolijas lecturas, en no pocas fabulas morales anteriores al supuesto generador de vuestras prebendas; pero lo que no hemos hallado jamás ni en la realidad tangible, ni en la historia, es la concordancia de vuestra moral con vuestros actos.

En el cristianismo no hay castas, dice el Calínez malicioso que nos ocupa. Cinismo se necesita para estampar tal afirmación; pero no lo ha empleado todo; estamos seguros que le quedará todavía mucho más para continuar sus ditirambos contra la cultura, que es la verdad científica. Ya lo saben los obreros; el potentado, el rey, el papa, el noble, todos los que por abolengo, por iniquidad ó absurdo legislativo se distinguen del mendigo, del obrero, no son diferentes á nosotros en nada; son sólo distinguidos falaces de dorada pasamanería ó de vacuos palinxeos; así al menos nos lo dice Calínez. Pero en la realidad, ya sabéis, obreros: vosotros á sufrir y á rabiar; ellos á lo otro, á gozar.

En fin, ¿á qué continuar?

Casi, casi estamos arrepentidos de habernos ocupado de tal papel y de tal hombre, y si nuestra indignación no nos justificara, arrojaríamos al cesto todo lo escrito.

RODRIGO.

NO ESTAMOS CONFORMES

No lo estamos, no podemos estarlo con el criterio que vemos reflejado en nuestro querido colega *El País* con ocasión de las agresiones que los estudiantes de Oviedo y Cádiz han realizado contra las redacciones de dos periódicos católicos.

Protesta *El País* en nombre de la libertad de tales agresiones, motivadas por las campañas injuriosas que aquellos periódicos realizaron contra el ilustre Altamira.

No debe ser este el criterio de un ilustre redactor del popular diario de Madrid, que según hemos podido ver por sus escritos piensa como nosotros, en jacobino.

Somos defensores como el que más del principio de libertad, pero sólo se la reconocemos á los liberales, y no á los que se aprovechan de ella para combatirla.

Lo contrario sería incurrir en una candidez perniciosa y de funestos resultados para nuestra causa. Recordad si no, lo ocurrido en la República del 73. Nuestros gobernantes en vez de dejar en situación de cuartel (por lo menos) á los generales monárquicos, les concedieron el mando de importantes fuerzas, que utilizaron en favor de sus ideas y derrocaron la república.

Mientras en España no tengamos completo arraigo la doctrinas democráticas y racionalistas, resulta torpe reconocer á sus enemigos el derecho á utilizar los beneficios de la libertad.

Quienes combaten la libertad de pensamiento y la de imprenta, no tienen derecho á usar de ellas, y cuantos actos de violencia contra ellos se realicen nos parecen perfectamente lógicos.

Bien, muy bien, por los estudiantes liberales de Oviedo y Cádiz.

Hay que exterminar á los enemigos del progreso, por el hierro y por el fuego. Pasaron los tiempos en que por lirismo político se dejaba á los reaccionarios utilizar los medios de propaganda que los principios constitucionales reconocían y que servían para restaurar de nuevo el régimen absolutista que mandaba á la horca, al presidio y á la deportación á los que les habían concedido la libertad.

Digámoslo claro y sin rodeos: á la intransigencia hay que contestar con la intransigencia y á los que combaten con la injuria y la calumnia á la libertad y sus hombres, hay que atacarlos en sus guardias, impidiéndoles que hagan uso de una libertad que ellos califican de infernal y perniciosa.

JULIANO.

Torpe conducta

El padre, en la sociedad actual, no tiene sólo la obligación de procurar á sus hijos alimento sano, vestido y habitación, sino que viene obligado también á velar por su desarrollo intelectual, á proporcionarles el pan espiritual, que es el contenido de la ciencia, sin mezcla alguna de errores ni preocupaciones.

Es verdaderamente vituperable el abandono en que muchos padres tienen la educación é instrucción de sus hijos; algunos no se cuidan en absoluto de que éstos asistan á la escuela y van por ahí apedreando perros, pintando con carbón las paredes, tronchando ramas de los árboles que sirven de ornato á los paseos públicos, buscando camorras con otros chicos que, más tímidos por no estar acostumbrados á esa vida de vagamundo, son siempre los paganos, los que les toca salir perdiendo. Estos muchachos son tan desvergonzados y tan cínicos, que cuando alguien les llama la atención sobre alguno de los infinitos abusos que á diario cometen, contestan con el mayor descaro: ¿Y á usted qué le importa? cuando no lo envían enhoranala. La mayor parte de estos individuos, endurecidos por falta de cultura, no habiendo asistido jamás á la escuela, son refractarios á toda idea de justicia y elementos perdidos, ó mejor dicho, perjudiciales á la gran causa de la emancipación humana.

Otros padres declinan en sus compañeras el deber de promover la educación de sus hijos sin cuidarse de la calidad de los conocimientos que reciben ni del rumbo que se da á su educación moral. De eso ya se cuida su madre, dicen ellos cuando se habla sobre el asunto, y eso, dicho sea así sin ningún interés y hasta con cierto tono despectivo, constituye nada menos que la preparación del hombre para la vida completa, según la definición que de la educación da el filósofo Spencer. Como que por excepción se encuentra alguna mujer que no esté sujeta al ignominioso yugo de la ignorancia y la rutina, ya se cuidarán las madres de ir llenando las escuelas congregacionistas, en donde á cambio de una mal entendida economía, se castra la inteligencia y se esclaviza la voluntad de las jóvenes generaciones.

Pero lo que no acertamos á comprender es que haya padres que se tengan por liberales y permitan que sus hijos frecuenten esas escuelas. No ven, ilusos, que van contra la obra que se proponen edificar. Ellos querrán una sociedad libre y justa, con reciprocidad de derechos y deberes, y cometen la tontería de entregar sus hijos á los eternos enemigos del progreso, para que los moldeen á su antojo deformando su pensamiento al desviarlo del verdadero sentido de la vida, inculcándoles toda clase de prejuicios que hagan odiosa toda aspiración civilizadora, todo anhelo de emancipación. De modo que los continuadores que habrían de ser de su labor progresiva, habrán venido á convertirse en sus propios enemigos. Esta falta de lógica y de consecuencia resulta de mayor calibre en aquellos padres que disponiendo de medios económicos cooperan más ó menos conscientemente á la desviación moral de sus hijos. ¿Es que las escuelas laicas ó racionalistas no reúnen á su juicio las condiciones necesarias para el desarrollo de la educación en armonía con los principios preconizados por la ciencia moderna? Pues funden nuevas escuelas ó modifiquen las ya existentes á fin de que cumplan debidamente los fines asignados á la educación moderna y entonces se harán acreedores á nuestra confianza, entonces crearemos en su liberalismo. Mientras en este asunto no obren en concordancia con las ideas liberales de que hacen pública ostentación, tendremos el derecho de considerarlos como enemigos solapados de la cultura racional y en abierta oposición con las aspiraciones de regeneración moral á que van encaminados todos nuestros esfuerzos.

J. C.

LAS RELIGIONES

Hacer tan siquiera un resumen de las turbulencias, crímenes y horrores que con sus respectivas intransigencias causaron en la humanidad todas las religiones, espíritus ó formas supersticiosas escogidas por los pueblos como *moral refrendadora* de sus vicios y pasiones, sería materia interminable de realizar. Si en nuestros días no sufriendamos las lógicas consecuencias de una de ellas, la más intransigente y odiosa, tales hechos no se concebirían, no se podrían concebir y la legítima duda de la humana razón se inclinaria á creer fueran leyendas creadas por cerebros más ó menos fantásticos y novelescos. ¡Tal fueron de inhumanas!

Amoldándose al espíritu salvaje y guerrero de sus tiempos, cada imperio, con el plagio, la creación de unas y la reforma de otras, hizo más imposible la fraternidad humana, y al marcar más con el odio las barreras de los pueblos, la religión fué un motivo, una bandera, que á pretexto de imponer la *razón* y el *derecho* de una sobre otra, si éste era el legítimo Dios y el otro falso, lanzáronse en fratricida lucha unos contra otros y la *razón de la fuerza* fué la fuerza de la razón y dejar por sentado é indiscutible el *verdadero* Dios...

Si interpelamos á nuestros *mentalistas* de *marca* clerical respecto al fundamento de tales hechos, nos dicen que la religión en aquellos tiempos se justificaba y hacia necesaria para *atraer* hacia ella á la humanidad, dominar sus defectos y comulgarla en un solo *hogar fraternal*. (¿?)

¿Y es así, de esta manera, como debe llegarse á la fraternidad?

Tertuliano decía, al ver los contraproducentes é inútiles que resultaban cuantos esfuerzos se hacían para que tal ó cual religión consiguiera este objeto:

«¿A qué fatigaros tanto por buscar una ley sobrenatural, cuando tenéis la que es común al mundo entero, y que se halla grabada en las tablas de la Naturaleza?»

Abomino y odio por ello á todas las religiones, porque apartándose del verdadero camino crean *castas* en la humanidad, en vez de unir la en una sola y en un verdadero amor. Veinte siglos ha que la religión cristiana ejerce el campeonato de todas las religiones y no ha resuelto ni éste ni el más sencillo problema.

Se dice y se repite todos los días que la religión es un *freno*; pero no es menester más que un poco de reflexión para convencerse que la religión, ni entre los grandes ni entre los chicos, á nadie contiene, ni aun á los sacerdotes que la predicán y que viven de ella.

Los pueblos más devotos de Europa, tales como los italianos, los españoles y los portugueses, son los que más se distinguen por su gajonía y por la corrupción de sus costumbres; el clero mismo les da el ejemplo de la crueldad, de la perfidia y de la más desenfrenada licencia. Para contener á los hombres no sé yo que se necesiten fábulas ni patrañas. *Buenas leyes, buena educación, una razón bien cultivada, talentos y luces, buenos ejemplos, recompensas y castigos racionales y oportunos*, esto es lo más conveniente. Como las religiones no oponen á los desórdenes de las pasiones de los hombres sino quimeras, éstas nunca son capaces de vencer sus vicios é inclinaciones violentas.

F. SEGUÍ ARIÑO.

El silencio de un pueblo

La noticia corrió velozmente. En uno de los barrios más fabriles de la ciudad había ocurrido espantosa catástrofe; la cubierta de un edificio apenas terminado, se había venido abajo al comenzar á funcionar la máquina de vapor que ponía en movimiento los artefactos; gran número de obreros estaban bajo los escombros.

La ciudad en que tal ocurría sintió honda emoción, y cuando hubo dado expansión á los sentimientos de humanidad y conoció las causas de la catástrofe, dijo: hay que castigar al que por su avaricia produjo tantas víctimas.

La justicia comenzó su trabajo con celo laudable, pero su labor permaneció secreta; la indiscreción periodística no apareció en este caso, los grandes diarios de la ciudad callaron, se hizo el silencio alrededor del suceso criminal y la justicia siguió amontonando folios.

¿Creéis que los obreros víctimas ó las familias de éstas ayudaron á la justicia en sus investigaciones? pues os equivocáis; los obreros

callan y nada hacen para que ocupe en la Cárcel Modelo una celda el responsable de lo ocurrido, y la justicia sigue lenta y perezosamente su marcha, mirando asombrada cómo toda una ciudad, sus organismos *vivos*, su prensa, los propios perjudicados, callan, como si nada hubiera ocurrido, y una pobre joven y dos luchadores del trabajo no pudieran tierra.

Que esto pase en Marruecos tiene un *pase*. ¿No es verdad?

El obrerismo católico

Asombra el cinismo que gastan los periódicos defensores de la sociología católica.

No parece sino que escriban para chinos. Los argumentos que emplean para cohonestar los principios de la sociología con el dogma católico-romano, mueven á risa por lo absurdos que resultan.

Comenzando por poner frente al derecho á la vida terrena (no creemos en otra para los seres que pueblan nuestro globo), la finalidad que el dogma católico concede al ser humano, nos encontraremos que éste nos dice: la vida es un valle de lágrimas, hay que tener resignación y trabajar para el burgués las más horas posibles y con el menor jornal, todo para conseguir las bienandanzas de la vida eterna en el cielo.

Toda la política de los socialistas católicos se encierra en conseguir que el principio de caridad dulcifique el duro corazón de capitalista católico y que éste dé á los obreros algunas migajas de lo mucho que él atesora con el trabajo que aquéllos realizan.

¿No es esto? Es que por si acaso reconocen derechos en el obrero, á defender sus intereses frente á las explotaciones del capital; pues si tal hicieran, reconocerían con nosotros el fracaso del catolicismo como solución al problema social, que, informado del principio de mansedumbre y caridad, ha veinte siglos que nada resolvió, y más bien agravó defendiendo las actuales organizaciones sociales y combatió con encíclicas y pastorales los avances del socialismo.

Es inútil que se empeñen en sostener esas instituciones de obreros católicos, donde les predicán la sociología barata del P. Vicent. El obrero medianamente culto, al conocer la historia de la iglesia católica, vé el concepto que le mereció el obrero en la edad media, donde los abades de los monasterios tenían siervos—modalidad de la esclavitud,—siervos que vendían ó adquirían con las fincas, en cuyo trabajo aquéllos se ocupaban, mientras los hijos de Jesús de Galilea se dedicaban á la caza ó al pillaje, cuando no á usar del derecho de pernada, cuando la hija del siervo contraía matrimonio.

Después, examinando el avance de los siglos, vé el obrero como el clero católico se pone de parte de los reyes absolutos, que mataron alevosamente en España las libertades municipales. Sólo recibe de él la sopa de los conventos, panacea social que hoy nos cantan los Singuer del catolicismo y que envolvía el desprecio mayor hacia los que todo lo producían por los que todo lo consumían sin trabajar.

Los obreros saben que los burgueses sostienen la religión, no porque en ella crean, sino por que la estiman como freno á las reivindicaciones sociales, y no discurren mal.

Mientras el obrero crea que cuanta más hambre y miseria pase en esta vida, más seguro tiene el cielo, no pensará en solicitar aumento de salario que le permita dar más alimento á sus hijos, llegando á la conclusión de que si éstos mueren de anemia por no darles el necesario alimento, van rectos al cielo, donde rezarán por sus padres.

¿Que el patrono los injuria y los maltrata? hay que aguantarlo con resignación; la mansedumbre es condición del católico.

¿Que les deja sin trabajo y sin pan cerrando la fábrica ó el taller porque así conviene á sus fines mercantiles? (léase egoístas); pues á casa tranquilo, á morirse de hambre, nada de rebeldías; al día siguiente se confiesa, toma la comunión de manos del sacerdote y con esto y unas hojas de catecismo ya tiene pan la familia.

El catolicismo es en verdad la gran panacea, sus fórmulas que dejamos consignadas, todo lo resuelven, pero el obrero es tan desagradecido que en vez de ir á la Casa de los Obreros, se va á la Casa del Pueblo donde lee en su hermosa biblioteca, y donde juntamente con sus

compañeros de oficio se preocupa del mejoramiento de las condiciones del trabajo y su cultura.

¡Pues no desprecia las hojas de catecismo que tan gordos y rollizos pone á trailes y clérigos!

Nada, que tendremos que dar la razón á cierto escritor que en un periódico católico de Extremadura (si mal no recordamos) afirmaba que era un hecho que el obrero odiaba á la religión y á sus profesionales; preciosa confesión que es la plena confirmación de nuestro criterio: ningún obrero consciente y sincero puede ser católico, sencillamente porque la religión romana es partidaria del actual régimen social y uno de sus puntales más firmes, dentro del cual se realizan las mayores injusticias y crímenes.

TORRIGIANO.

¡ABAJO EL CONCORDATO!

Estamos hartos de oír y leer, que si el Concordato dice tal, que si cual, que sólo debe haber tres órdenes y hay muchas, etc., etc. Hay que terminar y dejarse de ir por las ramas. Los elementos que de liberales se precien deben combatir todo acuerdo con Roma, mejor dicho, con el Vaticano. Lo demás es distraer la opinión y hacer el juego al jesuitón de Canalejas.

España no tiene por qué pactar con una entidad que carece de capacidad jurídica y que es enemiga jurada del género humano. Hay que ir á la denuncia del Concordato, y no para zurcir otro nuevo, sino para declarar que el Estado español, no teniendo alma, no puede tener religión y deja sus componentes que sientan y paguen lo que mejor les parezca.

Esta es la hija, lo demás son monsergas *demodé*; y si hay quien pretende, á título de liberal, defender la conveniencia de no romper con el Vaticano, que se vaya con Maura ó con D. Jaime y que nos deje en paz.

LA CAPA TORERA

La escena se desarrolla en la casa de un noble, opulento propietario que posee fincas rústicas y urbanas en casi todas las regiones de España. El ama de llaves sale al corredor á recibir al señorito que llega en aquel instante. En un salón contiguo al corredor espera el profesor de francés la llegada del amo.

EL AMA DE LLAVES.—¡Señorito! Aquí ha estado el padre M. Como no estaba la señora para recibirle ha pasado al despacho y ha escrito esta carta. (Le da la carta.) Además, me ha dicho que le esperan á usted esta tarde en casa del marqués de C.

EL SEÑORITO.—¡Está bien! ¡Retírese! (Da pie en el corredor lee la carta. Súbitamente se siente presa de gran agitación; musita palabras incomprensibles. El profesor hasta cree oír una blasfemia. Entra y sale en todas las habitaciones; estruja la carta entre sus manos que se crispan nerviosas. Entra en su despacho, toca un timbre.)

UN CRIADO.—¿Llama el señorito?
EL S.—¿Está la señora?
EL CRIADO.—En este momento se apea del coche.

EL S.—Dile que venga en seguida.

LA SEÑORA.—¿Qué hay, qué sucede?
EL S.—(Agitado.) Sucede, sucede... Ese zafio, ese bandido, ese puerco... Mira, dispensa, no sé lo que me digo... Verdaderamente los adjetivos... No, no hagas caso, retiro lo dicho... Es que...

LA S.—(Sorprendida.) Tranquízate; estás como no te he visto nunca. ¿Qué sucede?

EL S.—(Continuando su agitación.) Tienes razón; estoy inconveniente. Es que tu confesor me vuelve á pedir otro pequeño óbolo para atender á la campaña que la buena prensa va á ampliar contra la corrupción universal, contra esas malhadadas escuelas laicas; y la verdad, después de las cinco mil pesetas que le entregué el mes pasado, me ha parecido un atrevimiento, una exigencia. Pero, en fin, ¿á ti qué te parece?

LA S.—(Vacilante.) Hombre, verdaderamente... Yo creo que debe hacerse todo lo posible... Pero también me parece mucho. Es preciso luchar sin tregua contra la maldad que se yergue como ola que nos va á arrollar... Sin embargo, ya ves... Tu verás. Tenemos seis hijos... Somos ricos... Pero estos hijos nuestros lo necesitarán todo. Dios nos ha castigado, quizá por nuestra tacañería para con sus obras haciendo de nuestros herederos parte del infierno (hace la señal de la cruz), ludibrio de nuestros nombres, baldón de nuestros ascendientes... ¡Jesús, perdonadme!

EL S.—(Con energía.) Celebro verte en esa actitud de duda, pues ello me permite suponer

que en el fondo pensamos lo mismo y que puedo decirte lo que pienso sin ofender tus sentimientos...

Estoy dispuesto á no dar ni un céntimo más; á llamar bribón á ese puerco que ha entrado en esta casa con mayor desenfado que un ladrón, y á no asistir más á esas reuniones de la famosa Defensa... Ya lo sabes, todos somos unos hipócritas... Unos... unos... memos... Yo, como todos los del Comité soltamos la mosca por temor á esa falange del infierno, como dice el padre B., y todos dudamos ya de si será peor el remedio que la enfermedad.

Mitins, periódicos, misiones, hojas; todo esto está muy bien; pero... lo cierto es que los arrendadores no pagan con puntualidad, que los administradores nos roban, que los trabajadores nos miran con altanería... Hasta los criados nos envuelven en chismes, nos des-acreditan... La inmoralidad nos rodea. Nuestros hijos... Y sin embargo, todos son buenos creyentes, todos están bajo la dirección moral y espiritual de esos... Iba á decir otra atrocidad. No, yo no creo ya en esas monsergas. Eso de que sin religión todos se rebelarán contra el amo, no lo veo claro, porque con religión y mucha, ya no estamos seguros de nuestras vidas ni de nuestras haciendas, ni de nuestra caja. Sabes lo que te digo... Pues... pues que todos somos unos bribones. Y que para nosotros la Religión es una capa torera y que es una capa que no estoy seguro de su abrigo y que me resulta muy cara.

UN CRIADO.—¡Señorito! El profesor está en la sala.

EL S.—En la sala (en voz baja) en la sala. Dígame usted que estoy ocupado...

JACQUE LE BOHEMIEN.

La religión á chorros

Si por casualidad cayera en tus manos, lector amigo, alguno de esos programas que sirven de pauta en las oposiciones del magisterio público, te preguntaras:

¿Es el programa este para oposiciones de canongías? Tal es la importancia que en él se concede á la religión é historia sagrada.

En unas oposiciones no ha mucho celebradas, el digno Profesor normal que las presidía, tuvo que proponer á sus compañeros, que en caso de que salieran para el ejercicio oral tres puntos de religión ó historia sagrada, se sustituyeran dos de ellos por otros de materias propias de la profesión, y fundaba su proposición en el hecho de que si tal no se hacía, resultaría que el opositor demostraría al contestar bien, que estaba en condiciones para estudiar en el seminario, pero no para realizar la función de maestro.

Así se acordó con la protesta muda del cura que formaba parte del tribunal.

Esto nos pinta la necesidad de desterrar de la enseñanza del Magisterio la asignatura de religión con el carácter obligatorio que tiene, y por lo tanto, excluirla de los programas de oposiciones.

Mientras no se consiga, España seguirá sumida en la barbarie clerical, y el Magisterio público sujeto á la impertinente inspección de los liberticidas.

Influencia del Canto

Si algún móvil nos guía al desarrollar el presente tema de tanta actualidad en el campo inmenso de la Pedagogía moderna, es únicamente contribuir con nuestro insignificante esfuerzo al resurgimiento de esta tan sufrida clase, que, poco á poco, se abre paso en la sociedad, y reclama el honorable sitio que por sus funciones le corresponde.

El canto en las escuelas es un axioma y todos debemos adoptarlo no como una nueva carga en el plan de enseñanza, sino como un fomentador de la disciplina y auxiliar poderosísimo del maestro, que sabiendo aprovecharlo resuelve muchas veces el arduo y difícil problema de enseñar deleitando.

El canto es nuestro amigo en las alegrías y el paliativo en los sufrimientos, condensando la pluralidad de sentimientos que caracterizan á la criatura humana.

El rudo trabajador del campo que agota sus energías extrayendo del rudo terruño las mil substancias que al hombre sirven de complemento á su vida, cómo sufrirá las inclemencias que la sociedad egoísta le depara, sin recurrir al burdo cantar que lleva á su cansado cuerpo el consuelo que mitiga sus ardores?

Circunscribiendo á nuestro objeto el concepto del canto y aplicándolo á la es-

cuela diremos; que es la emisión de sonidos armónicos y articulados que tienen como objeto el desarrollo del sentimiento de lo bello y de lo estético en el niño. Es inata en él esta tendencia a cantar, y al efecto le vemos en sus ratos de ocio tararear tonadillas que aprendió en la calle y que saborea como dulce néctar, que lleva a su sencillo corazón, un consuelo, una esperanza.

Y ahora demos una brevísimas ojeada hacia lo que el canto ha sido en la antigüedad.

Indudablemente que la humanidad debe mucho al canto, puesto que las tradiciones, por medio de él, se transmitieron y sabido es que la historia empezó por las tradiciones.

David fué un excelente cantor é instituyó una gran masa coral para proferir alabanzas a su Señor en todas las festividades que celebraban.

Los griegos de la edad mitológica siguen este ejemplo y cantan versos de Orfeo, Homero y Tirteo, que fueron otros tantos paladines del canto.

Signe a estos Terpendro, que inventa el *scolia*, sistema musical, que aunque defectuoso ya inicia la sujeción a las reglas del canto.

El *scolia* entonábase al terminar los soberbios festines, y era generalmente acompañado por la lira. Cuando los anfitiones se hallaban en un estado soporífero por efecto de los manjares y licores ingeridos se requería la lira y se entonaba el *scolia*, que venía a ser como un excitante después del decaimiento natural producido por los excesos de la gula.

Tan necesario era para el hombre esta ceremonia que Temistocles y Epaminondas fueron tachados de ignorantes ó poco menos por despreciar en un festín la lira del *scolia*.

En España también halló eco el canto y según los *moedanos* fueron los que lo iniciaron, pues que sus naturales lo cantaban con arte y lo escribían valiéndose de jeroglíficos.

Otra versión asegura que nos lo importaron los judíos que tenían suma destreza en este arte; lo cierto es que los españoles llegaron a poseer un gran conocimiento en el canto y aún superaron a sus maestros. Como aseveración de esto, Metello, cónsul de Roma en España, mandó como un notabilísimo obsequio hacia la nación dominadora un coro de españoles, que entusiasmó por completo a los romanos, y que hizo una *tourne* por toda Roma en medio de plácemes y aplausos.

La importancia del canto como elemento artístico es grandísima ya que desarrolla el sentimiento de lo bello, hace sentir y conmueven sus armonías al que las oye, elevándole a ideales regiones.

El canto, lo debemos admitir en nuestras escuelas a ciegas, porque nuestra propia naturaleza lo pide como un contrapeso que regula los estados anímicos, con gran eficacia.

Todos rendimos culto al canto. Desde el más encumbrado monarca que desde el solio dirige los destinos de su reino, hasta el trabajador más humilde, que se gana el sustento y el de sus hijos con sus músculos, entonan ya sea un aristocrático couplet, ó una burda tonadilla aprendida en el arroyo, pero que al fin y al cabo lleva entre sus notas un algo que inconscientemente nos embriaga y nos seduce.

El canto no es más que la composición de la poesía y de la música, prestándole ambas sus hechizos y contribuyendo a su mayor encanto.

No podemos negarle, pues, su influencia artística, ya que los elementos que la integran son la base del arte idealizado y su resultante ha de ser necesariamente de idénticas propiedades y naturaleza.

Apliquémolo en las escuelas y veremos recompensada nuestra innovación con creces, pues no tardarán los policoros frutos que el verdadero arte inicia, en el cultivo de las facultades educativas.

Queda demostrado que el canto es fuente de moralidad, ya que cultiva las facultades morales.

No es menos importante el canto como elemento pedagógico, pues auxilia poderosamente al maestro en aquellas funciones que no basta la influencia del educador, sino que se necesita de un medio que con inconsciencia casi moldee al educando de un modo natural.

¿Quién no sabe la eficacia que produce un canto aplicado a la escuela cuando esta se halla en completa confusión é indisciplina?

Esta clase, después del canto, los áni-

mos excitados que tenían antes los alumnos, se les calma y se convierten en otros, todo lo contrario a los primeros, tales como el amor al trabajo, a la escuela, etc. Pues el niño se desvive por una canción alegre, y al repetirla créese transportado a un soberbio jardín por el que corre y salta, donde tiene centenares de juguetes que sólo con pedirlos se los dan. Pero al repetirla no debemos de esperar de su voz tierrecita una canción perfecta, pues saldrían fallidos nuestros propósitos sino un simple tarareo más ó menos regular, pudiendo esto depender de la edad del niño ó de la educación del oído. Estos trozos los repite en todas ocasiones que puede, ya en su casa, ya en compañía de sus amiguitos. «¿Se concibe una reunión de niños pequeños en la que no se cante? Eso sería tan anormal y tan fúnebre como un jardín cuyas plantas no vieran jamás el sol». (Dice Mlle. Chalamet: L'Ecole maternelle).

Por medio del canto contribúyese mucho a la educación física del niño, pues se fortifican los pulmones, desarrollan el aparato de fonación dando agilidad a las cuerdas vocales, librándoles en bastantes ocasiones de esas enfermedades que durante la infancia los niños tienen con tanta frecuencia.

Pero para que el canto produzca el efecto apetecido, es necesaria la buena iniciativa del maestro en la elección de piezas, pues de lo contrario los niños aborrecerían no sólo el canto sino la música. Debe elegir siempre canciones alegres, himnos varios, tanto a la Naturaleza, a las Ciencias, siempre con una letra clara apropiada a la edad de los niños, no por esto han de despreciarse la poesía.

El canto en las escuelas de Francia desde 1882 forma el programa oficial en todos los centros de enseñanza primaria y no sólo se ocupan con el canto durante las horas de entrada y salida de los niños sino que además algunas horas de la semana como puede verse en el trozo del reglamento que se ocupa de esta materia. «Las lecciones de canto ocuparán de una a dos horas por semana, independientemente de los ejercicios de canto que se verificarán todos los días, sea en los intervalos de los otros ejercicios escolares, sea a la entrada y salida de las clases.»

Como se ha visto, la importancia del canto no puede ser ni más grande ni más necesaria, pues por él se cultivan a los educandos a que sientan nostalgia hacia lo bello, hacia lo sublime, y que el niño cuando salga de la escuela primaria tenga ya bien desarrollado el sentido del oído que juntamente con el de la vista han de servir como principales medios para la lucha de la vida.

FRANCISCO CLAVIJO.

Los sellos, los salvajes y los jesuitas

Es el jesuita el tipo de religioso que más y mejor explota esta miserable tierra en su provecho.

Hace años se dedican a recoger sellos usados de correos, a pretexto de que los destinan a la redención de los salvajes, a quienes compran y los convierten al catolicismo.

Este es otro de los muchos timos a los que se dedican los hijos de Loyola, ya que no hemos tenido el gusto de ver por aquí alguno de esos *distinguidos* salvajes, y en cambio son millones los sellos que recogen y venden y que dedican al fomento de la Buena Prensa.

¿Conque para redimir salvajes? Buenos pejes están hechos los Reverendos de la J. H. S.

Lo que debiera ser la Escuela

La Escuela no cumple la misión humana con arreglo a las necesidades del presente y del porvenir. La Escuela debió haber resuelto el problema de asegurar al niño necesitado el pan del estómago, aparte del pan intelectual y educativo. Mientras este problema no se resuelva la Escuela no se emancipará completamente una gran parte de la niñez de malas costumbres y de la ignorancia, y en lugar de cerrar las cárceles y presidios por falta de alumnos, se habrán de agrandar para vergüenza y desdoro de esta sociedad corrompida.

Comparando, por ejemplo, el progreso pedagógico con el progreso del arte del hierro, puede observarse fácilmente que el arte pedagógico no ha salido, en la práctica, del atraso y rutina de la mo-

desta y antigua herrería; en cambio el arte del hierro ha dado un salto de avance asombroso. Si tan sólo los que ha 50 años fallecieron volvieran a la vida por un momento, se asombrarían de ver la grandeza y perfección de las grandes fundiciones donde se moldean los metales y construyen esas máquinas portentosas que multiplican y perfeccionan la producción de los productos industriales; en cambio mirarían con gesto triste y compasivo a la Escuela, viéndola en el mismo estado que la dejaron.

Si la dignidad social marchase paralela con el egoísmo del industrialismo, la escuela no viviría postrada y tendría sus grandes locales ó fábricas de hombres, donde la primera materia niño, encontraría campo y ambiente adecuado para el desarrollo de sus condiciones y facultades naturales.

Más derecho tiene la escuela al progreso, que el industrialismo abusivo.

La escuela racionalista cumple en el progreso un bien humanitario y general. El industrialismo un bien particular.

Los hombres de bien, los que amamos la humanidad, los que anhelamos hacer las cosas lo más perfectas posible, para que sirva a nuestros descendientes de estímulo la labor que realizamos, todos debemos sacrificarnos porquela escuela racionalista sea una potencia, y para serlo, se necesita crearle un patrimonio y este no puede conseguirse con el sacrificio de unos pocos, sino con el apoyo de muchos. El obrero debe sacrificar los tres vicios que le dominan y embrutece para emanciparse de la esclavitud, de su ignorancia y de la de sus descendientes. Con sólo que destinasen lo que malgastan en tabaco, en copas ó bebidas y en juegos, para fomentar las escuelas, no sectarias, sino racionalistas ó neutras, el obrero sólo se bastaría para cambiar la escuela de la condición de pocilga a palacio con todas las comodidades y progresos pedagógicos.

J. V. F.

LA CIENCIA

Esta cuestión que parece nimia y superficial, si así se la mira, tiene una importancia excepcional que hemos de reconocerle.

Supone la Ciencia la verdad indiscutible, probada, basada en la observación y repetición de hechos ciertos y reales, en la observación de fenómenos que se rigen por las leyes naturales, inflexibles é invariables, y que nada ni nadie pueden perturbar.

Es la Ciencia nuestra madre intelectual, la que nos suministra conocimientos aplicables a la satisfacción de nuestras necesidades, porque ¿qué sería del hombre sin los conocimientos que posee y que la Ciencia le ha suministrado? Viviría en completa ignorancia, sus necesidades serían mayores y en mayor número, y no contando con medios para satisfacerlas debidamente, sucumbiría acosado por los mayores tormentos.

Por esto el hombre, cumpliendo y ajustándose a la ley del Progreso, ha ido perfeccionándose, aprovechando los diversos elementos que la Naturaleza espontáneamente le ofrecía, y aplicándolos tal como los encontraba ó con algunas modificaciones, que se acentuaron más cuando más iba progresando, a la satisfacción de sus necesidades. Y esta ley del Progreso, que desde su origen viene cumpliéndose en el hombre, acabará por conducirlo a un grado de perfección que nunca ha tenido.

Y esto se realizará con el importante concurso de la Ciencia, pues sabido es que el hombre inteligente, el hombre culto tiene más medios para contribuir a su perfección que el que vive en completa ignorancia, medios que nadie más que la Ciencia, en sus diversas manifestaciones, le ha suministrado, y que él aprovecha aplicándolos en forma conveniente.

Mirada desde este punto de vista, la Ciencia es el elemento más importante, el gran elemento que servirá de apoyo al hombre para que ascendiendo por la línea del progreso, llegue al final, a su mayor perfección.

Por que si el hombre ha ido perfeccionándose a medida que la Ciencia se ha ido desarrollando, es evidente que entre ambos elementos hay una relación directa y que el uno ayuda al otro a su desarrollo y perfección.

En este caso la Ciencia se constituye en un auxiliar del hombre, el hombre en un auxiliar de la Ciencia. Esta respecto de aquél, porque como hemos dicho, contribuyen a su perfección, poniéndole en condiciones de aprovechar con más ventaja los elementos que para la satisfacción de sus necesidades la Naturaleza le ofrece al mismo tiempo que para preservarse de aquellos que pudieran serle perjudiciales, y éste respecto de aquélla, porque es el que in-

vestiga sus principios y sus leyes, clasifica, ordena y metodiza.

De este modo la Ciencia y el hombre han venido desarrollándose en el curso de la larga vida de la humanidad, formándose ésta de principios que extrañarían a los que vivieron tiempos atrás y dando a aquél conocimientos que le asombran al ver la completa ignorancia en que vivían sus antepasados.

Es la Ciencia la regeneradora de las costumbres, la que ha desterrado las supersticiones irracionales, los genios benéficos y maléficos, toda esa serie de supercherías y la que ha contribuido a que la razón iluminada por la verdad, sea la única que juzgue las cosas.

Quien la vida de la humanidad conozca, observará las diversas fases por que pasa un pueblo en el curso de su historia, como recorre el camino de la civilización, ascendiendo a medida que los conocimientos que posee van aumentando y observado esto, busque la causa que tal adelanto produce.

¿No son los conocimientos que posee los que en gran manera contribuyen? ¿No es la Ciencia la que se los suministra? Pues atribuyamos a la Ciencia esos adelantos y reconozcamos una vez más su importancia y reconocida dediquémonos a proclamarla y digamos en todas partes: «sin Ciencia no hay civilización» y habremos contribuido a la perfección general que tanta falta hace.

Por otra parte, si examinamos la labor que realiza el físico en su laboratorio, como si descendemos a observar cómo trabaja el labrador, cómo cultiva la tierra, cómo la transforma y la pone en condiciones, igual que si miramos al matemático en la resolución de un árduo problema, observaremos cómo entra en actividad la Ciencia, mirada en una de sus diversas manifestaciones y cómo el hombre hace aplicación de sus principios.

¿Acaso el albañil que trabaja en una obra y pasa el día pegando ladrillos, no aplica la Ciencia en su trabajo, aunque teóricamente no la conoce siquiera?

¿Es que el minero que en las profundidades de la tierra extrae el carbón que ha de alimentar las máquinas que en la Industria se usan, como el carpintero que labora el vasto tablon, no hacen aplicación de la Ciencia? Si, la Ciencia suministra a todos, aunque otra cosa no sea, los conocimientos prácticos que son necesarios para la realización de su obra.

En este caso la Ciencia puede compararse con un árbol cuyas ramas se pierden en el infinito y que penetran en todas partes, tanto en la choza del más misero labriego, como en el palacio del más encumbrado magnate.

Con lo dicho basta para reconocer el papel que la Ciencia ha representado y sigue representando en la vida de la humanidad y que como antorchá que ilumina el camino que el hombre recorre en el curso de su vida, hace que no marche entre tinieblas y que iluminado por la luz de la verdad sea ésta la única que le guíe en los momentos de peligro.

PEDRO GUTIÉRREZ.

AVISO

Rogamos a los que remitimos circulares y paquetes y no han contestado, lo hagan a la mayor brevedad, indicando el número de ejemplares que desean.

Correspondencia administrativa

Valdepeñas.—T. L.—Remitimos 15 ejemplares del número 1 y 15 del 2.

Cáceres.—G. V.—Recibimos 5 pesetas; 1 donativo, 1 suscripción; de V. G. 1 donativo y 1 suscripción; de V. C. 1 suscripción.

Irún.—F. F.—Recibimos telegrama. Esperamos original y pedido de ejemplares.

Vilasar de Dalt.—J. G.—Remitimos 15 ejemplares del número 1 y 15 del 2.

Sama de Langreo.—C. A.—Recibimos 5 pesetas; 1 donativo, 1 suscripción y 3 a cuenta; remitimos 20 ejemplares del número 1 y 20 del 2.

Madrid.—V. B. S.—Remitimos 20 ejemplares del número 1.

Burriana.—J. P. S.—Remitimos 10 ejemplares del número 1 y 10 del 2.

Monistrol de Monserrat.—J. E.—Remitimos 5 ejemplares del número 1 y 5 del 2.

Sabadell.—A. M.—Remitimos 25 ejemplares del número 1 y 25 del 2.

Barcelona.—J. G. G.—Recibimos 10 pesetas; 5 donativo y 5 para *Federalista*.

Elda.—C. R.—Remitimos 25 ejemplares del número 1 y 25 del 2.

Barcelona.—J. V.—Remitimos 10 ejemplares del número 1 y 10 del 2.

Alcira.—V. V.—Remitimos 10 ejemplares del número 1 y 10 del 2.

Imprenta de Gallego.—Valencia.